

Históricas Digital

José Enrique Covarrubias

“El historiador y la historia de las revoluciones”

p. 55-74

El historiador frente a la historia: historia e historiografía comparadas

Alicia Mayer (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

156 p. + [XVI]

Figuras

(Serie Divulgación 11)

ISBN 978-607-2-00292-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/501/historiador_historia.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL HISTORIADOR Y LA HISTORIA DE LAS REVOLUCIONES

JOSÉ ENRIQUE COVARRUBIAS
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

La historiografía relativa a las revoluciones fue una de las primeras en que la visión comparativa ganó carta de acreditación. Acaso haya constituido, de hecho, la primera variante de la historiografía moderna en que la comparación se ha practicado de manera continuada desde su origen, sin que, por otra parte, tal perspectiva de cotejo haya sido el único método practicado. También tiene el privilegio de haber sido objeto de estudio por uno de los primeros historiadores en ocupar una cátedra institucional de historia: François Guizot.

Ahora bien, sería pretencioso y desmesurado querer presentar aquí un panorama acabado del aspecto comparativo de la historiografía de las revoluciones. Tratar el desarrollo de esta historiografía desde su surgimiento, así como el estado actual del debate de los historiadores en torno a los elementos comunes o contrastantes de las distintas revoluciones, desbordaría los límites de esta conferencia. Ningún historiador podría dominar la ingente producción historiográfica que habría que examinar para dar cuenta de alguno de los puntos anteriores. La mera exposición del estado actual de la investigación histórica en torno a alguna de las revoluciones mayores llenaría ya las dimensiones de un artículo como éste, y aun así, las aportaciones o estímulos dirigidos a la disciplina histórica por otras disciplinas enfrascadas con el tema de las revoluciones quedarían sin cubrir.¹

¹ De cualquier modo siempre es sugerente e ilustrativo leer los estudios generales que se hacen de la historiografía de las distintas revoluciones, como sucede con la relativa a la Revolución Francesa en J. McManners, "La historiografía de la Revolución Francesa", en *His-*

Este último punto es digno de recalcar. La historia no es el único campo en que la revolución ha venido a ser un objeto de estudio primordial: la sociología y la ciencia política modernas surgieron vinculadas al esclarecimiento de lo ocurrido en épocas revolucionarias. Como prueba de ello tenemos los escritos de Hobbes sobre el significado de la Guerra Civil Inglesa (1641-1660) y las conocidas páginas de Comte dedicadas a la cuestión del mejor orden social posible en la Europa posterior a la gran Revolución de 1789. Muchos sucesores de Hobbes y Comte en sus sendas disciplinas han seguido viendo en la revolución un tema central, por lo menos hasta fechas muy recientes, y uno no podrá entender varios de los debates historiográficos más interesantes sobre las revoluciones, sin considerar el estímulo otorgado por una disciplina como la sociología.²

Mi propósito no será, por ende, mostrar un panorama general de la historiografía de tema revolucionario, ni siquiera el de una historiografía constreñida a alguna revolución en particular. En un ciclo de conferencias como el presente, parece más pertinente referirse a ciertas perspectivas clave en el surgimiento del concepto histórico actual de revolución y en el tipo de aportación general que los historiadores han hecho sobre el tema en los últimos dos siglos. Referirme a ello implicará tocar, también de manera muy genérica, lo relativo a la aportación de la sociología y la ciencia política para efectos de visiones comparadas, antes de cerrar con un comentario sobre la importancia de la historiografía de las revoluciones en el caso de México.

I. *La aportación de los historiadores a la comprensión de las revoluciones*

Para precisar el concepto histórico moderno de las revoluciones se necesita tener presente que los acontecimientos que actualmente

toria del mundo moderno. VIII. Las revoluciones de América y Francia, obra dirigida por A. Goodwin, Barcelona, Ramón Sopena, 1977, p. 443-466.

² Lawrence Stone, *The Causes of the English Revolution, 1529-1642*, Londres, Ark Paperbacks, 1986, p. 3-25, discute la aplicación de teorías sociológicas entre 1960 y 1970 a la interpretación de la Revolución Inglesa.

consideramos como revoluciones no siempre fueron designados o entendidos como tales. Tomemos el caso de la llamada Revolución Inglesa o “Revolución Puritana” de 1641-1660, considerada por su primer historiador, Edward Hyde, conde de Clarendon, como la más grave y culminante rebelión habida contra la Corona y la aristocracia en Inglaterra desde varios siglos atrás. Para él, el conflicto de 1640 a 1660 no significó, en su balance final, una ruptura fundamental con el pasado.³ Como Clarendon, la mayoría de quienes trataron las crisis políticas y sociales de los siglos XVI y XVII, incluso los que llegaron a usar el término revoluciones para designarlas, no veían en tales crisis algo fundamentalmente distinto de la idea de Clarendon. Varios historiadores (Hannah Arendt, Christopher Hill, William Speck, Tim Harris) han ilustrado suficientemente sobre este viejo patrón de comprensión histórica cíclica de las convulsiones, que es el que subyacía en su idea de revolución. Sólo de manera aislada, como recuerda Austin Woolrych, desde la época de Maquiavelo empieza a encontrarse autores o personajes que hablan de revolución entendiendo por este término un cambio decisivo con respecto al pasado.⁴ No es sino por algunos contemporáneos de la Revolución Gloriosa en Gran Bretaña (1688-1689) que sabemos que se usa el término de revolución de una manera más aproximada al significado que actualmente le damos.⁵

Para ilustrar esto último viene al caso recordar que la idea moderna de revolución supone, por lo menos, un cambio decisivo e irreversible en el estado general de cosas o en un orden particular de las mismas en una sociedad determinada. A esta misma implicación se había referido, en su conocido ensayo sobre la revolución, Hannah Arendt al dejar en claro que en el concepto actual de revolución se incluye, no sólo el cambio mencionado, sino una lucha consciente

³ Aunque Christopher Hill ha insistido en que Clarendon percibe ya elementos de una situación revolucionaria en el epi odio de la Guerra Civil. Hill, *Puritanism and Revolution Studies in Interpretation of the English Revolution of the 17th Century*, Harmondsworth, Penguin Books, 1986, p. 197-211. La percepción de Clarendon, sin embargo, refleja más el azoro por la insubordinación surgida en ese episodio inglés que una idea sobre el inicio de una nueva historia en su país.

⁴ Austin Woolrych, *Britain in Revolution, 1625-1660*, Oxford, Oxford University Press, 2002, p. 792.

⁵ Tim Harris, *Restoration. Charles II and his Kingdoms*, Londres, Penguin Books, 2006, p. 34-36.

y deliberada por la libertad.⁶ Arendt emprendió en la obra citada un gran repaso histórico, el cual le mostró que la Revolución Norteamericana del siglo XVIII había sido el primer movimiento en que de manera consciente y programada se dio una lucha por la libertad orientada a inaugurar una “nueva historia”. De esta manera, a la perspectiva histórica moderna de la revolución mostrada ya por los actores o espectadores contemporáneos de la Revolución Gloriosa, faltaba este contenido de inauguración necesaria de una nueva historia que los norteamericanos confirieron a su revolución.

Otra observación aguda de Arendt digna de ser retomada aquí es la de que desde el siglo XIX la historiografía en general desechó el modelo de la Revolución Norteamericana como aquel que debía mostrarle los motivos originales del espíritu revolucionario.⁷ Su modelo vino a ser la Revolución Francesa, sobre todo por lo que ésta parecía revelar en torno a la dinámica de la historia social moderna. El espíritu revolucionario original, atendido a la meta de la libertad política sobre todo, se regocijaba con la posible creatividad política abierta por la revolución: se podía establecer el tipo de régimen que más conviniera con base en el estudio ilustrado de toda la ciencia política existente hasta entonces, de los clásicos a Montesquieu.⁸ Con la adopción de la Revolución Francesa como paradigma para definir qué es una revolución, ésta ya no fue entendida bajo el signo de la búsqueda de la libertad sino de la necesidad que movía a las masas empobrecidas, una necesidad que acabó siendo trasladada de la situación social al devenir histórico. Ciertas corrientes de pensamiento histórico comenzaron a justificar acciones y medidas (muchas de ellas crueles) en nombre de la necesidad histórica. Con el tiempo, los propios historiadores norteamericanos terminaron entendiendo su propia revolución en función del modelo de 1789.⁹

Arendt no se propone indagar las causas de este descarrío respecto del espíritu revolucionario original, el cual terminó difundido en buena parte de la historiografía sobre las revoluciones. Ella simplemente lo constata y reprocha a los historiadores el no reconocer

⁶ Hannah Arendt, *On Revolution*, Londres, Penguin Books, 1990, p. 21-58.

⁷ *Ibidem*, p. 61-66.

⁸ *Ibidem*, p. 24,150-152.

⁹ *Ibidem*, p. 99.

el origen del espíritu revolucionario y de los laberintos a que los revolucionarios se han destinado a sí mismos. Como prueba de la verdad del abandono del paradigma norteamericano sobre la revolución, mencionado por Arendt, cabe mencionar la definición de revolución dada por Woolrych en un texto recientísimo: “un complejo de eventos interconectados, por lo general incluyendo el colapso o derribamiento de las instituciones del Estado, la competencia violenta por el poder entre intereses o clases antagónicas, y una consecuente reestructuración del cuerpo político o de la sociedad misma en su conjunto”.¹⁰

II. *Del paradigma de la Revolución Norteamericana al de la Revolución Francesa*

Con la ventaja de contar con todo un cuerpo de investigación posterior a las fechas de publicación del ensayo de Arendt (1962), en los tiempos actuales podemos detectar el origen del traslado de la Revolución de Norteamérica a la Francesa como modelo definitorio de revolución, cuestión que ilustrará ya lo que más interesa en esta conferencia: la aportación comparativa del pensamiento histórico a la comprensión moderna de la revolución. El punto de partida será el carácter necesario que la historiografía decimonónica vino a reconocer en el advenimiento y curso de las revoluciones, tan bien detectado por Arendt.

Una obra que resulta fundamental para explicar el vuelco hacia el patrón revolucionario de la necesidad (francés), sustituto del de la libre creatividad política (norteamericano), es el *Ensayo histórico, político y moral sobre las revoluciones antiguas y modernas, consideradas en sus relaciones con la Revolución Francesa* (1796) de Chateaubriand. Esta obra fue publicada cuando su autor se encontraba en el exilio en Inglaterra como aristócrata francés perseguido por los revolucionarios.

En su *Ensayo*, Chateaubriand aborda el fenómeno de las revoluciones desde una óptica moral. Las causas decisivas de las revolucio-

¹⁰ Woolrych, *op. cit.*, p. 792.

nes deben situarse en desenvolvimientos morales peculiares de los pueblos que en determinados momentos los llevan a estados tales de intranquilidad y ansiedad que la situación existente ya no les resulta soportable. Éste es un planteamiento genérico que pervive en la segunda obra publicada por él, *El genio del cristianismo, o bellezas de la religión cristiana* (1802), que aunque es un escrito contrario al primero en su intención de reivindicar la religión (el Chateaubriand del *Ensayo* es aún un *philosophe* poseído del espíritu deísta dieciochesco), no lo es en cuanto que sigue viendo en las revoluciones un asunto central de los estudios históricos. Prueba de esto último es la manera en que Chateaubriand define la temática histórica de *El genio* en esta misma obra:

los proyectos de los reyes, las abominaciones de las ciudades, las vías inicuas y tortuosas de la política, la agitación de los corazones al secreto móvil de las pasiones, esas inquietudes que se apoderan algunas veces de los pueblos, esos tránsitos del poder del monarca al vasallo, del noble al plebeyo, del rico al pobre [...]¹¹

¿En qué sentido resulta decisiva la obra de Chateaubriand, según se ha dicho aquí, respecto de la idea moderna de revolución, esto es, de un cambio fundamental no realizado bajo el signo de la libertad sino el de la necesidad? Jacques Godechot ha resumido las aportaciones de Chateaubriand en la comprensión histórica de las revoluciones.¹² De ellas hay tres dignas de resaltarse, las cuales están contenidas en el *Ensayo*.

1) Para el Chateaubriand del *Ensayo* la revolución no es solamente un cambio político sino esencialmente una transformación total de las ideas y las costumbres. Se trata de una transformación, pues, de todo el carácter moral de una sociedad. Cambian los gustos, las maneras, las aficiones, las fobias, etcétera. Este énfasis en factores morales no implica, como parecería a primera vista, un descuido de las cuestiones sociales y económicas, pero sí el convencimiento de que estas últimas causas quedan subordinadas a tales factores. Las

¹¹ Chateaubriand, *Essai sur les révolutions . Génie du christianisme*, ed. Maurice Regard, París, Gallimard, 197 , p. 831.

¹² Jacques Godechot, *La contre-révolution*, París, Pres es Universitaires de France, p. 138-147.

causas económicas y sociales no tienen la eficacia histórica de los sentimientos, las emociones y las ilusiones, que impelen a los pueblos a abandonar definitivamente su estado de cosas.

En el caso de la Francia del Antiguo Régimen, asegura Chateaubriand, ésta experimentaba los progresos de la prosperidad y el bienestar en forma continuada, con un aumento significativo de la población, nuevas posibilidades de disfrute, nuevas formas de vida, etcétera. Esto no impidió, sin embargo, que a la par de este mejoramiento material del reino, reconocible sólo en términos generales, una declinación moral se verificara en paralelo, la cual, poco antes de la revolución se manifestaba en un fenómeno como la disminución demográfica causada por el deseo de evitar nacimientos. Asimismo, constata Chateaubriand, por entonces había un odio creciente de los pobres hacia los ricos, sobre todo en las ciudades.

Este planteamiento de interpretación histórica innova en cuanto que se aleja de la versión habitual de las épocas previas, cuando la revolución era entendida como un cambio exclusiva y eminentemente político, a nivel de las formas de gobierno. En vez de esto, Chateaubriand ofrece una interpretación integral que atiende a las costumbres, la mentalidad y las ideas.

2) Chateaubriand pone énfasis en el movimiento que subyace a la transformación histórica continua. Esto se expresa muy bien en su reiterada metáfora del río para referirse al movimiento de las épocas: cada época es como un río que invita a los hombres a que lo remonten, sin que éstos conozcan el sentido preciso de su curso y la propia situación dentro del mismo. Algunos individuos alientan ideales de perfección imaginaria y llegan a la orilla opuesta de la corriente; los otros desconfían de tales ilusiones y prefieren permanecer de este lado del río, albergando ideas de épocas pasadas. La metáfora alimenta una cierta idea de las polarizaciones inherentes a las revoluciones sin que Chateaubriand incurra en los contrastes maniqueos al juzgar a quienes adoptan una u otra posición. También sostiene Chateaubriand que no basta atribuir los orígenes de una revolución a tal personaje, tal idea o libro publicado, etcétera. Hablar de las revoluciones implica hablar de cosas, o en todo caso de una dinámica de cosas en la que deben situarse las incidencias, los propósitos y las acciones aisladas.

3) El *Ensayo* ofrece un modelo de encadenamiento de las revoluciones que permite entender el fenómeno de éstas como un acaecer general y sucesivo que va ligando las épocas y los lugares, por mucho que las distancias temporales o espaciales entre tales épocas y lugares sean considerables. Al hablar de las revoluciones antiguas, Chateaubriand advierte que la expulsión de un tirano en una pequeña ciudad griega llegó a tener repercusiones en las regiones más extremas de Europa y Asia, de suerte que miles de pueblos rompieron sus cadenas o cayeron en la esclavitud, el trono de Ciro se vio conmovido y el germen de todos los acontecimientos y problemas futuros quedó sembrado. No le cuesta mucho a Chateaubriand pasar de esta percepción de las cosas a la conclusión de que “cada revolución es, a la vez, la consecuencia y el principio de alguna otra; de manera que sería realmente de rigor decir que la primera revolución del Globo produjo la de nuestros días en Francia”.¹³

Ya al tratar de las revoluciones modernas, Chateaubriand constata que la chispa del incendio que había de estallar en Inglaterra bajo Carlos I pasaría a América en 1637, donde el fuego surgiría en 1755 y regresaría al Viejo Mundo en 1789. Es claro que este autor francés pone elementos para entender la revolución como un fenómeno histórico cuya dimensión de encadenamiento invita al estudio global y comparado.

Éstos son los aspectos que el *Ensayo* de Chateaubriand incluye y que expresan por primera vez el modelo de comprensión ajustado a la categoría de la necesidad a que Arendt se refiere en su ensayo clásico sobre la revolución. Ciertamente es que Chateaubriand no habla de una necesidad social identificable o hasta confundible con la necesidad dictada por el hambre, como ocurre con Michelet o Marx, ni tampoco con la necesidad evolutiva de una sucesión estricta de etapas o fases de desenvolvimiento, como ocurre con el mismo marxismo, el leninismo o el positivismo. Incuestionable es, sin embargo, que Chateaubriand postula una necesidad histórico-moral según la cual, del inevitable contraste entre las perfecciones políticas o sociales imaginadas y la altura moral de sus propugnadores resultan, por la fuerza de las cosas, situaciones de malestar en

¹³ Chateaubriand, *Essai*, p. 253.

que los pueblos hacen sus revoluciones. La necesidad de que habla es una necesidad moral.

También es de señalar que este Chateaubriand temprano del *Ensayo* no reconoce en las revoluciones un nuevo comenzar a la manera del caso norteamericano, donde los cambios políticos o jurídicos son el producto de un sinfín de lecturas y discusiones previas, realizadas todas ellas en calma y con espíritu ilustrado. Estos sucesos son más bien identificados por él con un estado final de procesos patológicos, procesos de enajenación intelectual y moral que a menudo operan en el sentido de cerrar las posibilidades de la libertad pública y no de fortalecerlas. Con todo, Chateaubriand advierte que las revoluciones pueden abrir cauces a ejercicios de virtud o dedicación pública notable, como ocurrió con el movimiento jacobino de la Revolución Francesa. No obstante, en este caso, como en los demás del mismo tipo, el ejercicio de la virtud llevó consigo los gérmenes del fracaso político. Ya en *El genio del cristianismo*, Chateaubriand sostiene que los ensayos virtuosos que fracasan son los que no se inspiran en la religión cristiana, única fuente de libertad civil. Abre, pues, la vía a una esperanza de poder imprimir un rumbo benéfico, cristiano, a la historia humana. Ésta es la forma en que viene a solucionar las aporías abiertas dejadas en su *Ensayo* sobre la relación entre virtud y éxito histórico.

El Chateaubriand de *El genio* no desconoce, por tanto, que la historia humana es un campo floreciente de inventiva y arrojo. Sin embargo, si se trata de explicar los logros en el campo de la libertad humana en tal escenario de creatividad histórica, los méritos últimos tocan a la religión, no a la imaginación o la reflexión políticas.

Con lo anteriormente dicho parece aclararse el punto dejado suelto por Arendt en torno al camino tomado por la historiografía que subsume el fenómeno revolucionario en la categoría de la necesidad, dejando así de lado la libre creación que esta autora percibe en el espíritu revolucionario norteamericano de 1776. Después del paradigma comparativo de Chateaubriand vendrán las racionalizaciones de los acontecimientos revolucionarios en el sentido del desarrollo social europeo postulado por Guizot y retomado por Marx.¹⁴ Des-

¹⁴ François Furet, *Marx y la Revolución Francesa*, trad. Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 41, da por garantizada la influencia de Guizot en Marx.

pués de Chateaubriand, y también en oposición a él, se impondrá la definición del impulso revolucionario como algo secular, otro elemento que Arendt encuentra en la idea de revolución prevaleciente desde el siglo XIX. Este carácter de la revolución lo registra el mismo Chateaubriand, pues admite que las revoluciones significan, en la historia moderna, intentos hacia la libertad civil de tipo secular, distintos de los tradicionales de la cristiandad. Aunque una revolución recoja en su programa o metas principios cristianos, en sí misma constituye una empresa distinta de las utopías de raíz cristiana.

III. *El diálogo con la sociología: el caso de Tocqueville*

Viene al caso mencionar la aportación de la sociología al estudio de las revoluciones para establecer un contraste entre ésta y la investigación histórica.

Dos aspectos resultan fundamentales en la perspectiva sociológica de las revoluciones, en términos generales, tal como se ha verificado desde el siglo XIX: 1) el rastreo de las causas de la revolución en la dinámica social; 2) el entendimiento de la revolución en función de la emergencia de un nuevo orden social. Veamos cada punto por separado.

En cuanto al primer aspecto, el recurso del análisis de las clases y sus relaciones prevaleció durante el siglo XIX. Fue Marx, desde luego, quien más lejos llevó esta modalidad de análisis al ensamblarla con un modelo de desarrollo de la historia universal. Sin embargo, la identificación que actualmente se suele hacer entre el marxismo y el análisis de clases no debe llamarnos a engaño respecto de lo generalizado que estaba este análisis en las interpretaciones de las revoluciones durante el siglo XIX. Se conoce la famosa afirmación de Tocqueville en el sentido de que “hablo de clases, ya que sólo éstas son del interés del historiador”.¹⁵ Este tipo de perspectiva había sido ya impulsado por los saintsimonianos y Comte, quienes para entender las crisis de su tiempo (el tiempo de las llamadas revolucio-

¹⁵ Citado en Raymond Aron, *Main Currents in Sociological Thought. 1. Montesquieu, Comte, Marx, Tocqueville. The Sociologists and the Revolution of 1848*, trad. Richard Howard y Helen Weaver, Harmondsworth, Penguin Books, 1981, p. 208.

nes burguesas) remitieron a la preeminencia funcional y cotidiana ganada por los técnicos, los financieros, los industriales o los administradores, en contraste con el aparente eclipse de las clases tradicionalmente activas en la vida pública: los eclesiásticos, los políticos, los filósofos, los abogados. El dicho ya citado de Tocqueville da una idea del grado en que tal perspectiva de contrastes entre grupos o clases influyó en el estudio histórico de las revoluciones.

Ya en el siglo xx, la mutua fecundación entre sociología e historia respecto del tema de las revoluciones transitó no sólo por la senda del análisis de la dinámica de clases. Los estudios de la Revolución Inglesa se vieron enriquecidos desde la década de 1940-1950 por el apoyo en las perspectivas de la sociología y por la pregunta sobre las relaciones entre las ideas éticas y religiosas y el surgimiento del capitalismo, como lo atestiguan la producción de Richard H. Tawney, Christopher Hill y otros especialistas en este tema.¹⁶ Un historiador como Lawrence Stone, especialista igualmente en esta revolución, tomó en cuenta lo que varias teorías sociológicas de la revolución contemporáneas a él (Barrington Moore, Chalmers Johnson, Gabriel Kolko) podían aportar a una mejor comprensión de la gran crisis inglesa del siglo xvii.¹⁷

Es preciso recalcar que, tanto en el caso del análisis de clases decimonónico como en la teorización sociológica del siglo xx, los métodos y conceptos que la sociología ha podido ofrecer a los historiadores han topado siempre con un determinado límite. En *La democracia en América*, el libro más sociológico de Tocqueville,¹⁸ lo central es reconocer el estado social democrático en su forma más pura, en su manera más modélica. El Tocqueville historiador, el de *El Antiguo Régimen y la Revolución*, obra posterior a *La democracia en América*, explica cómo en la variante francesa de este estado social opera una cierta configuración de fuerzas pasionales que no se entendería sin tomar en cuenta las características precisas del proceso revolucionario de 1789, así como la manera en que éste dejó configuradas la política y la administración en Francia. De manera

¹⁶ Una historia de los debates en la comprensión social de la revolución inglesa en el siglo xx, en Stone, *Causes*, p. 26-41.

¹⁷ *Vide supra* nota 2.

¹⁸ Principalmente el segundo volumen del libro revela su propósito sociológico.

similar, Hill ha destacado en su libro de historia económica más famoso, *De la Reforma a la Revolución Industrial, 1539-1780*,¹⁹ cómo la explosión de religiosidad puritana y oposición legalista durante la Revolución Inglesa dejó un carácter indeleble en la política y el derecho de ese país.

Hay que aclarar, sin embargo, que la individuación de los procesos revolucionarios en estos historiadores no llega tan lejos como para dejar irreconocible en sus obras cualquier marco de interpretación genérica de las revoluciones. En el caso de Tocqueville es claro que para él las revoluciones modernas ocurren por una tensión entre la aspiración a la igualdad y la aspiración a la libertad, la cual se resuelve de distinta manera, por ejemplo, en el régimen emanado de la Revolución Norteamericana y en el francés. En el de Hill, el interés principal es mostrar cómo la Revolución Inglesa respondió a un cambio social en dirección a la sociedad individualista y de mercado que también se dará en otras sociedades, a menudo de forma igualmente revolucionaria.

En cuanto al entendimiento de la revolución en función del advenimiento de un nuevo orden social, segundo aspecto de la perspectiva sociológica que nos interesa, un autor como Comte resulta sumamente revelador. A Comte le interesaba una ciencia de la sociedad como totalidad, sobre la base de que en fechas previas se había relegado la comprensión integral de la colectividad.²⁰ En realidad, lo que la sociología comtiana podía aportar y aportó no fue sino un análisis diferenciado por sectores de realidad social que le permitió postular un orden social que no se identificaba sin más con el orden político, tecnológico o económico, sino que, inserto y subyacente a todos éstos, englobaba a estos últimos y se expresaba así en las conductas más generales y las formas de relación entre individuos. Respecto de las revoluciones recurrentes del siglo XIX, las de su tiempo, la sociología comtiana reflejó la conciencia de un profundo desajuste entre el orden político y el orden social, ya que a un orden social nuevo, representado en su médula por los banque-

¹⁹ Christopher Hill, *From Reformation to Industrial Revolution (The Pelican Economic History of Britain, 1530-1780)*, Harmondsworth, Penguin Books, 1986.

²⁰ Sobre este interés de Comte, sus extravíos y resultados, Raymond Aron, *Les désillusions du progrès. Essai sur la dialectique de la modernité*, París, Gallimard, 1996, p. 1-12.

ros, los técnicos, los administradores y los ingenieros, no correspondía más el viejo orden político, en que las profesiones tradicionales (abogados, políticos, clérigos) mantenían su poder y la influencia, con el consecuente intento de preservar las formas de pensar metafísicas y prepositivistas.

IV. *El diálogo con la ciencia política: el caso de Macaulay*

Frente a la tesis sociológica de la contradicción profunda entre lo que sucede a nivel de sociedad civil y a nivel de Estado, compartida por Marx, la historiografía reaccionaba ya en los mismos años de Comte. Una de esas reacciones la hemos visto en Tocqueville, él mismo simultáneamente sociólogo e historiador. Para este autor la contradicción más profunda en una sociedad como la francesa no era entre el Estado y la sociedad sino entre libertad e igualdad, aspiraciones que en su articulación pasional generaban una conflictividad extraordinaria e históricamente nueva. En Inglaterra ocurrió una refutación similar, atendida a la especificidad en que los conflictos políticos se manifiestan, con las posiciones del historiador Thomas B. Macaulay —el famoso Lord Macaulay— ante las tesis de los “radicales filosóficos” (Jeremy Bentham, James Mill, John Stuart Mill).

Los utilitaristas benthamianos veían en las insuficiencias gubernativas y administrativas el origen de las revoluciones. Su proceder deductivo afrontaba el riesgo de construir edificios intelectuales falsos debido a que las premisas básicas podían tener errores. Y tal era el caso, según Macaulay, cuando querían explicar las causas de los conflictos políticos (incluidas las revoluciones), que atribuían al insuficiente razonamiento filosófico deductivo de los hombres, sobre todo los gobernantes, así como a un insuficiente conocimiento general del principio de la identificación artificial de los intereses.²¹ Los utilitaristas benthamianos pretendían una ciencia política exclusivamente especulativa, de tipo axiomático, desde la que querían dar cuenta de la mejor manera de superar la conflictividad pública. Con

²¹ Elie Halévy, *La formation du radicalisme philosophique. I. La jeunesse de Bentham, 1776-1789*, París, Presses Universitaires de France, 1995, p. 107, explica la aparición de esta teoría en el ideario de Bentham.

este proceder querían explicar qué es verdaderamente el gobierno y lograr la superación de los conflictos relacionados con él.

Frente a esto, Macaulay defendió un acercamiento empírico y experimental a la política. Una verdadera ciencia de la política o el gobierno no podía prescindir del conocimiento histórico, el más empírico y difícil de todos dentro del campo de las cosas humanas. Se debía seguir, a su manera de ver, el mismo camino que Francis Bacon a principios del siglo xvii. El proceder adecuado para entender las revoluciones era el inductivo, aquel que postulaba el experimento como la manera de obtener conocimiento seguro.²² Esto implicaba estudiar con detalle la historia, decantar la evidencia de los hechos y generalizar mediante el juicio bien informado. Así, el político que se atenía a la historia sería como un médico que sabía prescribir según las distintas etapas de la enfermedad y la constitución del paciente, de suerte que en un momento dado se encontrara la píldora que podría curar a todo ser humano enfermo en cualquier clima.

Joseph Hamburger ha señalado que en realidad el proceder metódico de Macaulay no era tan inductivo como pretendía.²³ En los hechos, el método resultaba más bien de tipo comparativo y atenido en cierto grado al principio de utilidad, referido en este caso a la manera idónea de proceder en política. Así, en lugar de comparar elementos u opiniones provistas de un elemento común, el político tenía que cotejar sin contar con un tercer elemento comparativo. Si pretendía saber, por ejemplo, el principio del buen gobierno, su cometido era comparar las constituciones de los países bien gobernados y aquellos mal gobernados, a partir de lo cual debía buscar lo común de las primeras y lo común de las segundas. Un método de este tipo no daba lugar a una teoría perfecta del gobierno, como la quería James Mill, pero sí a una de gran utilidad y sentido práctico.

Queda así claro que con Macaulay se da un paso importante en Inglaterra a favor de la teorización histórica comparativa de las revoluciones, esbozada ya por autores previos como Chateaubriand. En el caso del historiador inglés, su gran conclusión es que las revoluciones no se dan por la deficiente intelección deductiva de los hom-

²² Joseph Hamburger, *Macaulay and the Whig Tradition*, Chicago/Londres, The University of Chicago Press, 1976, p. 63-65.

²³ *Ibidem*, p. 62-64.

bres (*i. e.* porque no saben filosóficamente qué es el gobierno) sino como consecuencia de que los gobernantes no atienden a los agravios acumulados con el tiempo. Conforme mayor sea el desgobierno (*miss-rule* o *missgovernment*, lo llama Macaulay), más violenta será también la explosión revolucionaria. El único tipo de revolución provechosa, no destructiva, en que cabe pensar, es la que Macaulay llama la “revolución preventiva”. Se trata de aquella en que el gobernante o los gobernantes saben remediar los agravios acumulados por la vía de la conciliación política entre los partidos. Un ejemplo de esta conciliación la ve Macaulay en la conducta de personajes como Guillermo de Orange (coronado como Guillermo III de Inglaterra) y el marqués de Halifax, ambos activos en la Revolución Gloriosa de 1688 en Inglaterra.

En su obra histórica, Macaulay no busca una gran revisión histórica de revoluciones antiguas y modernas, como lo hacía Chateaubriand, quien comparaba en forma múltiple las crisis antiguas con las del mundo cristiano para confirmar a la religión como la fuente de los principales bienes morales y materiales. Macaulay disputa con una filosofía de raíz ilustrada (tal era el radicalismo filosófico benthamiano) para afirmar la prudencia civil o la sabiduría política que se atiene a la circunstancia y desconfía de las teorías librescas, incapaces de prever todas las situaciones que se enfrentarán en política. Pero ante todo, como se ha dicho ya, su ataque principal va contra ese razonamiento axiomático que buena parte de la ciencia política inglesa ha venido arrastrando, durante dos siglos, desde Hobbes.

Cuando Macaulay afirma que la intensidad de las revoluciones será en razón proporcional al grado y duración del desgobierno o la mala administración que se haya sufrido, es claro que aspira a una especie de ley de la historia. La inspiración de la ciencia mecánica es patente en este tipo de afirmaciones, en que Macaulay quiere resumir su método empírico e inductivo de la historia, ajeno a las especulaciones de la filosofía metafísica propuesta desde Platón.

Con todo, si la aproximación de Macaulay a este respecto aspira a la formulación de la “ley”, esta última es una especie de postulado apriorístico que le permite estudiar revoluciones diversas. Ya en los hechos, el inglés encuentra que en la era moderna existe una especie de continuidad intrínseca de las revoluciones, de suerte que las soluciones dadas a una revolución se convierten

en causa de otra. Así, la solución a los conflictos del siglo xvii en Inglaterra (la Revolución Inglesa), consistió en un régimen de monarquía parlamentaria que eliminó el agravio hecho por el gobierno despótico de los Estuardo al parlamento británico. Esta misma solución causa, a su vez, los alborotos en Inglaterra durante las primeras décadas del siglo xix a favor de la reforma parlamentaria (1832), pues ahora ocurre un agravio de la clase política parlamentaria frente a la sociedad británica, a la que ha dejado de lado durante mucho tiempo.

Se ha mostrado en este apartado y en el previo cómo dos representantes de la historiografía decimonónica llegaron a hacer de las revoluciones un tema de método comparativo, para lo que se necesitó una teorización sobre sus orígenes. Sin embargo, se ha visto cómo la consideración de los rasgos únicos de cada proceso revolucionario les permitió evitar las generalizaciones abusivas de tipo positivista o deductivista. Ahora podemos voltear a ver el significado de la historia de las revoluciones en el caso de la historiografía mexicana.

V. El tema de las revoluciones en la primera historiografía mexicana

El tema de las revoluciones es fundamental en la historia de la historiografía mexicana temprana, ya que constituye el primero en ser tratado sistemáticamente por ésta. Desde luego, la revolución a la que se suele referir dicha historiografía temprana es la Revolución de Independencia, aunque no son pocos los autores decimonónicos que al escribir sobre “la revolución” o “las revoluciones” de México incluyen también los levantamientos y asonadas posteriores, como si todavía no fuera un proceso histórico culminado.

Las obras de Servando Teresa de Mier, Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Tadeo Ortiz de Ayala y Lucas Alamán constituyen evidencias incontestables de lo que aquí se afirma. Ahora bien, de manera natural surge la pregunta en torno a cómo en esta historiografía queda recogida la teoría histórica sobre la causa de las revoluciones, al igual que lo relativo al intercambio entre sociología y ciencia política, por un lado, e historia, por el otro.

En el caso de la *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*, de Servando Teresa de Mier,²⁴ éste toma un cierto modelo interpretativo inglés por el que la Conquista de México se aborda de la misma manera que la tradición inglesa del “yugo normando”, referida a la conquista normanda de 1066. Los ingleses liberales o *whigs* hacían interpretaciones constitucionales de la conquista idealizando el pasado anglosajón para poder pintar así el dominio normando en tonos muy negativos.²⁵ Algo muy parecido hace Mier para desprestigiar el dominio español en América, y no sorprende el dato de que este mexicano escribe su historia precisamente en Inglaterra, sin duda bajo la influencia de la mencionada ideología constitucionalista *whig*. Hill ha mostrado cómo una parte de la ciencia política inglesa de finales del XVIII se atiene a esta visión polémica de la propia conquista, con efectos evidentes en los temas históricos.

Lorenzo de Zavala muestra una interpretación en que las revoluciones resultan del malestar moral de los individuos a partir de que en su mente ocurre una especie de despertar que les muestra la injusticia o el atraso que viven y la posibilidad de que las cosas sean mejores, acordes por fin con las luces del siglo. Así pasó precisamente con los mexicanos en 1808. Este tipo de planteamiento recuerda mucho a Chateaubriand, sobre todo a aquel que recalca el impacto de las nuevas ideas y supera así la visión constreñida a la órbita del gobierno. En su *Ensayo histórico sobre las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*,²⁶ Zavala presenta un cuadro de pasiones desatadas que lo lleva a pronunciar juicios constantes sobre la calidad moral de los actores, que frecuentemente carecen de la estatura para sus responsabilidades políticas. La evaluación moral de las personas y conductas cala tan hondo en su caso, que Zavala prácticamente se sirve de las convulsiones vividas en el México independiente para demostrar el enanismo de muchos de sus enemigos personales.

²⁴ Mier hizo editar esta obra en dos volúmenes en 1813 por Guillermo Glindon (Londres) bajo el pseudónimo de José Guerra.

²⁵ Sobre esto, el clásico ensayo de Christopher Hill, “The Norman Yoke”, en *Puritanism*, p. 58-125, y muy particularmente p. 92-98, donde trata de la interpretación del mito constitucional por los *whigs*.

²⁶ Editado en dos volúmenes respectivamente en París/Nueva York, 1831-1832, por la Imp. de P. Dupont y G. Languionie (París) y la de Elliot y Palmer (Londres).

En cuanto a José María Luis Mora, su *México y sus revoluciones* muestra influencias de diversa índole y proveniencia para efectos de tratamiento histórico. Sin embargo, es claro que en él late un cierto enfoque a la manera de Chateaubriand. Su interés se dirige a la “revolución en el orden social y moral”, a la que define como la coexistencia de ciertos elementos morales y sociales que se encuentran en conflicto hasta que, por una crisis, uno de los elementos resulta expulsado.²⁷ Mientras no ocurre la crisis, los males y desórdenes sociales se suceden sin tener remedio. Las causas últimas de las revoluciones no pueden ser referidas, pues, a fallas morales o errores intelectuales de personas aisladas, como piensan los individuos que sufren estas convulsiones y se llenan de odio contra algunos congéneres. En realidad, la dinámica revolucionaria es de cosas, no de personas, ya que lo sucedido en una revolución “ha debido suceder, y los hombres en general constituidos bajo el influjo de causas inevitables, han debido obrar de la manera determinada por ellas”.²⁸

En Tadeo Ortiz de Ayala prevalece la idea de las “revoluciones físicas y morales”, con énfasis, por lo que toca a la parte física, en que estos grandes cambios importan también porque repercuten en el bienestar de las naciones, así como en las relaciones de poder entre éstas.²⁹ Ortiz no es determinista como Mora; no piensa que todo esté dado por una dinámica de cosas indefectible en el orden moral y social. Sólo en el orden físico, en aspectos como la situación geográfica, la cantidad de población y el tipo de recursos de un Estado, Ortiz asume que los hechos pueden entenderse en una dinámica de cosas. Esta combinación de un orden moral libre y otro físico sujeto a determinaciones recuerda mucho a Alejandro de Humboldt y su manera de presentar la problemática administrativa y de gobierno en el famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1811).

Finalmente, Lucas Alamán también es ajeno a los determinismos del tipo de Mora. Su esquema comprensivo sobre las revolucio-

²⁷ Definición que da Mora en *México y sus revoluciones*, París, Librería de Rosa, 1836, I, p. 532 (esta obra consta de tres volúmenes).

²⁸ *Ibidem*, I, p. 533.

²⁹ Véase, por ejemplo, su *México considerado como nación independiente y libre*, Burdeos, Imp. de Carlos Lawalle, 1832, p. 9-49, 104-109, 538-542. Entre las pp. 9-49, Ortiz presenta un resumen histórico de la trayectoria del México independiente hasta el momento de escribir.

nes tiene que ver con su pensamiento político, que pone el énfasis en la manera correcta de pensar el problema del gobierno.³⁰ Cuando los políticos y el pueblo mismo adoptan los modelos abstractos y teorizantes del espíritu geométrico, las consecuencias no pueden ser sino desastrosas. Entonces se pierde la prudencia indispensable para el buen gobierno y la muy necesaria piedad religiosa preservadora de la sociedad. Si los gobernantes se ajustan en cambio a una ciencia del gobierno atendida a la prudencia y el conocimiento de la historia, al tiempo que predomina el aprecio y respeto por la religión institucionalizada, con seguridad se evitará el difícil ciclo de las revoluciones.

Como se puede apreciar, en la historiografía mexicana se cumple el postulado de que la historiografía aportó una visión comparada de las revoluciones. En el caso de Mier esto es explícito. En los otros autores la perspectiva comparada, aunque implicada, no está menos presente, ya que su esquema —si no es que teoría— sobre las causas de las revoluciones supone el haber comparado las unas con las otras. Asimismo, es claro que existe el intercambio de perspectivas entre la historia y el análisis moral de las revoluciones (Mora y Zavala), la ciencia política (Mier y Alamán) y la ciencia geográfica al estilo de Humboldt (Ortiz de Ayala). Sin duda, la historiografía mexicana iba al paso de la europea en un tema fundamental: aquel que impulsó la perspectiva comparativa como ningún otro en las obras de historia del siglo XIX.

³⁰ Las ideas de Alamán sobre la política no están reunidas en un único escrito. Se pueden deducir, a grandes rasgos, con sólo leer el prólogo y la parte final del último volumen de su *Historia de Méjico*, México, Imp. de J. M. Lara, 1852, v, p. 900-955, así como en su *Examen imparcial de la administración del General Vice-Presidente D. Anastasio Bustamante*, en el que se constata la influencia de Edmund Burke. Alamán, *Obras*, ed. Rafael Aguayo Spencer, México, Jus, 1946, III, p. 237, 239, 243, 265.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS